

STEFAN ZWEIG

# AMÉRICO VESPUCCIO

RELATO DE UN ERROR  
HISTÓRICO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE JOAN FONTCUBERTA

© Acanalado

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Amerigo. Die Geschichte eines  
historischen Irrtums*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1944 by Stefan Zweig

© Atrium Press London

Esta obra ha sido negociada a través  
de International Editors'Co. Agencia literaria  
© de la traducción, 2019 by Herederos de Joan Fontcuberta Gel  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Mapa de Waldseemüller* (1507),  
de Martin Waldseemüller

ISBN: 978-84-17346-50-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 1081-2019

© AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Américo	7
El contexto histórico	11
Por treinta y dos páginas, la inmortalidad	29
Bautizar un mundo	49
Empieza el gran debate	69
Los documentos entran en escena	93
¿Quién era Vespucio?	107

© Acanalado

© Acanalado

## AMÉRICO

¿De quién le viene el nombre a América? A esta pregunta responde cualquier escolar rotundamente y sin vacilar: de Américo Vespucio.

No obstante, ante la segunda pregunta incluso los adultos se mostrarán vacilantes e inseguros: ¿por qué esa parte del mundo fue bautizada precisamente con el nombre de Américo Vespucio? ¿Porque él descubrió América? ¡Nada de eso! ¿O tal vez porque fue el primero en pisar, no las islas precedentes, sino el continente propiamente dicho? Tampoco, porque los primeros en llegar a tierra firme fueron Colón y Sebastián Cabot, no Vespucio. ¿Entonces quizá porque mintió al afirmar que había sido el primero en llegar? Vespucio jamás se arrogó este título. ¿O quizá por vanidad y como erudito y cartógrafo propuso su nombre para este continente? No, tampoco, y es probable que nunca llegara a enterarse de que había recibido su nombre. Pero, en este caso, si no hizo nada de todo esto, ¿por qué recayó en él el honor de inmortalizar su nombre? ¿Por

qué América se llama *América* y no *Colombia*?

Cómo sucedió esto es una maraña de casualidades, errores y malentendidos; es la historia de un hombre que, a raíz de un viaje que nunca realizó ni afirmó haber realizado, alcanzó el inmenso honor de dar nombre al cuarto continente de la Tierra. Desde hace cuatro siglos esa denominación sorprende y enoja al mundo. Américo Vesputio es acusado una y otra vez de haberse apoderado alevosamente de ese honor mediante maquinaciones oscuras e interesadas, y el proceso por «engaño aduciendo hechos falsos» ha sido tratado ante las distintas autoridades en la materia de cada época. Unas absolvieron a Vesputio, otras lo condenaron a la deshonra eterna, y cuanto más categóricamente lo declaraban inocente sus defensores, con tanta más pasión lo culpaban sus adversarios de engaño, falsedad y robo. Actualmente, estas polémicas, con todas sus hipótesis, pruebas y contrapruebas, llenan ya toda una biblioteca; para unos el padrino de América es un «*amplificador mundi*», uno de los grandes ensanchadores de nuestro mundo, descubridor, navegante, erudito de gran categoría; para otros es el estafador y el charlatán más sinvergüenza de la historia de la geografía.

¿De qué parte está la verdad o, para ser prudentes, la mayor probabilidad?

Hoy en día, y desde hace mucho tiempo, el caso Vesputio ya no es un problema de índole geográfica o filológica. Es un rompecabezas en el que cualquier curioso puede probar fortuna y, además, fácil de dominar de una ojeada al tener pocas piezas, pues la obra escrita que se conoce de Vesputio abarca *in summa*, contando todos los documentos, de cuarenta a cincuenta páginas. Por eso me he creído también con derecho a colocar aquí las piezas una vez más y a repasar jugada a jugada la famosa partida maestra de la historia con todos sus movimientos, sorprendentes algunos, equivocados otros.

La única exigencia de tipo geográfico que mi exposición impone al lector es que olvide todo lo que sabe de geografía gracias a los completos atlas de que disponemos y, por de pronto, que borrar completamente de su mapa interior la forma, el aspecto y hasta la existencia de América. Sólo quien es capaz de sumergir su alma en la oscuridad e incertidumbre de aquel siglo puede experimentar la sorpresa y el entusiasmo de aquella generación cuando empezaron a perfilarse los primeros contornos de una tierra insospechada en

un mundo hasta entonces sin límites. Pero siempre que la humanidad hace un nuevo descubrimiento quiere ponerle nombre. Siempre que se llena de entusiasmo quiere manifestar su gozo lanzando un grito de júbilo. Así que fue un día venturoso aquel en que el viento del azar le lanzó de repente un nombre y, sin preguntarse si era justo o no, aceptó impaciente la sonora y vibrante palabra y saludó a su Nuevo Mundo con el flamante y ya eterno nombre de América.

© Acanalado



## EL CONTEXTO HISTÓRICO

Año 1000. El mundo occidental está sumido en un sueño profundo y pesado. Los ojos están demasiado cansados para permanecer abiertos y vigilantes; los sentidos, demasiado exhaustos para actuar llevados por la curiosidad. El espíritu de la humanidad, entullecido como después de una enfermedad mortal, no quiere saber nada más de su mundo. Y algo todavía más extraño: ha olvidado incomprensiblemente incluso lo que antes sabía. Ya no sabe leer, ni escribir, ni calcular, ni siquiera los reyes y emperadores de Occidente son capaces de estampar su nombre al pie de un pergamino. Las ciencias se han convertido en momias teológicas; la mano humana ya no puede reproducir el propio cuerpo en dibujos y obras plásticas. Sobre todos los horizontes se cierne, como quien dice, una niebla impenetrable. Ya no se viaja, ya nada se sabe de países ignotos; las personas se atrincheran en castillos y ciudades contra pueblos salvajes que una y otra vez irrumpen desde el Este. Viven en la estrechez, en la oscu-

ridad, viven en el desaliento: el mundo occidental está sumido en un profundo y pesado sueño.

De vez en cuando, en ese letargo profundo y grave, alborea un vago recuerdo de que el mundo en otro tiempo había sido diferente, más ancho, más colorido y luminoso, más ameno, lleno de acontecimientos y aventuras. En otro tiempo, ¿no existieron en todos los países calzadas por las que marcharon las legiones romanas, y tras ellas los lictores, los guardianes del orden, los hombres de la ley? ¿No existió una vez un hombre llamado César que conquistó tanto Egipto como Britania? ¿No llegaron los trirremes hasta el otro extremo del Mediterráneo, mar por el que desde hace tiempo ya ningún barco se atreve a navegar por temor a los piratas? ¿No se abrió paso antaño un rey llamado Alejandro hasta la India, esa tierra legendaria, de donde regresó a través de Persia? ¿No hubo una vez sabios que sabían leer las estrellas, conocían la forma de la Tierra y el secreto del ser humano? Se debería leer sobre todo esto en los libros, pero ya no hay ninguno. Se debería viajar y ver países exóticos, pero ya no hay caminos. Todo se acabó. Quizá no fuera más que un sueño.

Además, ¿para qué afanarse? ¿Para qué esfor-

zarse cuando todo ha terminado? Se ha anunciado el fin del mundo para el año 1000. Dios lo ha condenado por haber cometido demasiados pecados, así lo predicán los sacerdotes desde los púlpitos, y en el primer día del milenio dará comienzo el Juicio Final; conturbados, con las ropas desgarradas, las personas acuden en masa a grandes procesiones, con cirios encendidos en la mano. Los campesinos han abandonado los campos, los ricos venden y derrochan sus bienes. Porque mañana llegarán los jinetes del Apocalipsis montados en sus pálidos corceles; el Juicio Final se acerca. Y miles y miles se arrodillan esa noche en las iglesias, esperando la caída en las tinieblas eternas.

Año 1100. No hubo fin del mundo. Una vez más, Dios ha sido clemente con sus criaturas. Pueden seguir viviendo. Deben seguir viviendo para dar testimonio de su bondad y su grandeza. Hay que darle las gracias por su misericordia. Hay que elevar la gratitud hasta el cielo como una mano implorante, y así se elevan las cúpulas de las iglesias, las catedrales, esos pilares pétreos de la oración. Y hay que manifestar amor a Cristo, mediador de su gracia. ¿Se puede seguir tolerando que el lugar de su sufrimiento y de su

Santo Sepulcro permanezca en las manos impías de los paganos? ¡Arriba, caballeros de Occidente, arriba, fieles todos! ¡Marchad hacia Oriente! ¿No habéis oído la llamada: «¡Es la voluntad de Dios!»? ¡Salid de los castillos, los pueblos y las ciudades, adelante, adelante en la cruzada por tierra y por mar!

Año 1200. Se ha recuperado y vuelto a perder el Santo Sepulcro. La cruzada ha sido inútil, o no del todo, porque en esta aventura ha despertado Europa. Ha experimentado su propia fuerza, ha medido su coraje, ha redescubierto cuántas cosas nuevas y diferentes tienen cabida y patria en este mundo de Dios: otros territorios, otros frutos, otras telas, otras personas, animales y costumbres bajo un cielo diferente. Asombrados, avergonzados, los caballeros y sus campesinos y siervos han visto en Oriente la estrechez y la lobre-guez en que vivían en casa, en su rincón de mundo occidental, y la vida rica, refinada y opulenta de los sarracenos. Estos paganos, que ellos menospreciaban desde la lejanía, tienen tejidos lisos, suaves, frescos, hechos de seda india, tapices de Bujará mullidos y de relucientes colores, tienen especias, hierbas y aromas que estimulan y dan alas a los sentidos. Sus embarcaciones nave-

gan hasta los países más lejanos para traer esclavos, perlas y resplandecientes minerales. Sus caravanas recorren los caminos en viajes interminables. No, no son unos bárbaros, como se había creído, conocen la Tierra y sus secretos. Tienen mapas y tablas en las que lo escriben y registran todo. Tienen sabios que conocen el curso de los astros y las leyes por las que se rigen. Han conquistado tierras y mares, se han apoderado de todas las riquezas, de todo el comercio, de todo el placer de vivir aun sin ser mejores guerreros que la caballería alemana o la francesa.

¿Cómo lo han hecho? Han aprendido. Tienen escuelas y, en ellas, las escrituras que todo lo transmiten y explican. Poseen la sabiduría de los antiguos sabios de Occidente y la han enriquecido con conocimientos nuevos. Así pues, hay que aprender para conquistar el mundo. Más que derrochar fuerzas en torneos y bacanales, es necesario ejercitar la mente, hacerla flexible, aguda y ágil como una espada toledana. Es decir, ¡aprender, estudiar, observar! En una carrera impetuosa, surgen universidades una tras otra, en Siena y en Salamanca, en Oxford y en Toulouse: cada país europeo quiere ser el primero en apropiarse de la ciencia; tras siglos de indiferencia, el hom-

bre occidental intenta ahondar de nuevo en los secretos de la Tierra y del ser humano.

1300. Europa se ha arrancado la cogulla teológica que le impedía la libre visión del mundo. Es absurdo cavilar siempre acerca de Dios, absurdo dedicar el tiempo a interpretar y discutir sólo los viejos textos desde el punto de vista escolástico. Dios es el Creador y, puesto que hizo al hombre a su semejanza, lo quiere creativo. En todas las artes y en todas las ciencias, los griegos y los romanos nos legaron modelos que tal vez aún se puedan igualar, llegar adonde llegaron los antiguos, incluso superarlos. Un ardor nuevo inflama Occidente. Se vuelve a escribir, a pintar, a filosofar, y he aquí que da resultado. Un resultado excelente. Surgen Dante y Giotto, Roger Bacon y los maestros de las catedrales. Apenas ha experimentado el batir de alas largo tiempo olvidadas, el espíritu, liberado, recorre fogoso todas las distancias y latitudes.

Pero ¿por qué la tierra bajo sus pies sigue siendo tan angosta? ¿Por qué el mundo terrenal, el geográfico, es tan limitado? Por todos lados hay mar, que rodea las costas y, con ellas, lo desconocido y lo impenetrable, ese océano inmenso, *ultra nemo scit quid contineatur*, del que nadie sabe lo

que oculta. Sólo hacia el sur hay un camino que conduce a las tierras de ensueño de la India pasando por Egipto, pero el acceso está vedado por los paganos. Y ningún mortal debe franquear las columnas de Hércules; atravesar el estrecho de Gibraltar significará eternamente el fin de toda aventura, según palabras de Dante:

... *quella foce stretta*  
*Ov'Ercole segnò li suoi riguardi*  
*Acciocchè l'uom più oltre non si metta.*

[... al estrecho en el que Hércules | señaló los límites del mundo | para que el hombre no los traspasase].<sup>1</sup>

¡Ay!, ningún camino conduce al *mare tenebrosum*, ningún barco que ponga rumbo a este desierto oscuro regresará jamás. El ser humano debe vivir en un espacio que no conoce, está encerrado en un mundo cuya forma y extensión probablemente jamás descubrirá.

1298. Dos ancianos barbudos, acompañados de un joven, al parecer hijo de uno de ellos, de-

<sup>1</sup> *Infierno*, canto XXVI, vv. 107-109, en: *Comedia*, trad. José María Micó, Barcelona, Acantilado, 2018, p. 235. (*Todas las notas son del traductor*).

sembarcan en Venecia. Visten ropa extraña, nunca vista en el Rialto: largos caftanes guarnecidos con pieles y curiosos colgantes. Pero lo más sorprendente es que estos tres extranjeros hablan el dialecto veneciano más genuino y afirman ser venecianos, apellidarse Polo—Marco es el nombre de pila del más joven—. Naturalmente, no hay que tomar en serio lo que cuentan. Dicen que, más de dos décadas atrás, llegaron hasta Mangi, en China, a través del imperio moscovita, Armenia y el Turquestán, y una vez allí vivieron en la corte del soberano más poderoso de la Tierra, Kublai Kan. Habían recorrido todo su vasto imperio, en comparación con el cual Italia era como un clavel al lado de un tronco de árbol, habían llegado al límite del mundo, donde se encuentra de nuevo el océano. Y, al cabo de años, cuando el Gran Kan los dispensó de sus servicios con multitud de regalos, regresaron por este océano a la patria, pasando primero por Cipango y las islas de las Especies y la gran isla Taprobana (Ceilán), y después por el golfo de Persia hasta llegar felizmente a casa por Trebisonda.

Los venecianos escuchan entre risas a los tres forasteros. ¡Qué cuentistas más divertidos! ¡Hasta ahora jamás se ha comprobado de modo creíble



que cristiano alguno haya llegado a este océano ni pisado las islas de Cipango y Taprobana! Imposible. Pero los Polo invitan a personas a su casa para mostrarles los regalos y las piedras preciosas; admirados, los escépticos demasiado precoces reconocen que sus paisanos han llevado a cabo el descubrimiento más audaz de la época. Su fama se extiende como la pólvora por Occidente: así pues, es posible llegar a la India. Es posible alcanzar esas regiones, las más ricas de la Tierra, y desde allí proseguir hasta el otro extremo del mundo.

1400. Llegar a la India se ha convertido ahora en el sueño del siglo. Y en el sueño de un hombre en concreto, el príncipe Enrique de Portugal, al que la historia llama Enrique el Navegante a pesar de que nunca se aventuró por el océano. Su vida y sus esfuerzos, no obstante, están consagrados a este único sueño: pasar adonde nacen las especerías, las islas indias, llegar a las Molucas, donde crecen la valiosa canela, la pimienta y el jengibre, que los mercaderes italianos y flamencos pagan todos los días a precio de oro. Los otomanos han cerrado a los infieles, los «rumis», el mar Rojo, el camino más directo, y arrebatado el lucrativo comercio transformándolo en monopolio. ¿No sería una auténtica acción de cru-

zada, provechosa y cristiana a la vez, atacar por la espalda a los enemigos de Occidente? ¿No se podría tal vez circunnavegar África para alcanzar las islas de las Especias? Libros antiguos hablan de la extraña noticia de hace cientos de años según la cual un barco fenicio regresó a Cartago después de haber partido del mar Rojo y dado la vuelta a África en un viaje de dos años. ¿No podría repetirse con el mismo éxito?

El príncipe Enrique convoca a los sabios de su época. En el punto más extremo de Portugal, el cabo Sagres, donde el infinito océano Atlántico levanta espuma hasta lo alto del acantilado, se ha hecho construir una casa en la que colecciona mapas e informes náuticos; manda llamar, uno tras otro, a astrónomos y pilotos. Los eruditos más viejos declaran imposible cualquier expedición más allá del ecuador. Se remiten a Aris-tóteles, Estrabón y Ptolomeo, los sabios de la Antigüedad. En las proximidades del trópico el mar se vuelve espeso—*mare pigrum*—y las naves se quemarían al calor de los rayos solares que caen verticales. Nadie puede vivir en aquellas zonas, donde no crecen árboles ni una simple brizna de hierba; los marineros morirían de sed en el mar y de hambre en tierra.